

Carlos Bernardo González Pecotche
RAUMSOL



DEDICADO A
LA JUVENTUD

BASES PARA TU CONDUCTA

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

La juventud carece de una preparación básica para la vida. No recibe directivas precisas que le determinen la conveniencia de seguir una conducta recta, que debe ser ilustrada con imágenes claras respecto a las responsabilidades que asume cada individuo tanto en la familia como en la sociedad. Aparte de atender estos aspectos, la enseñanza logosófica va más allá: enseña al joven a ser consciente de sus pensamientos y actos. De este modo le advierte que sus aspiraciones de éxito en la vida deberán condicionarse a un comportamiento que no desvirtúe la legitimidad de las mismas.

ISBN 978-987-24055-4-0



9 789872 405540

www.logosofia.org

Carlos B. González Pecotche nació en Buenos Aires, República Argentina, el 11 de agosto de 1901. En 1930 creó la Fundación Logosófica con el objeto de difundir la Logosofía, ciencia de su creación.

Hasta la fecha de su fallecimiento, 4 de abril de 1963, consagró su vida al desenvolvimiento y consolidación de su obra, campo abierto a la rehabilitación del hombre por la superación metódica de sus condiciones de ser racional y consciente.

Sus originales concepciones sobre la vida humana, sobre Dios, el universo y sus leyes, lo colocan en la jerarquía de los grandes precursores de la humanidad.

Algunas de sus últimas publicaciones:

LOGOSOFÍA CIENCIA Y MÉTODO

Describe en profundidad el método logosófico y la constitución bio-psico-espiritual del ser humano, detallando el funcionamiento de los tres sistemas que configuran la psicología individual: el mental, el sensible y el instintivo.

MECANISMO DE LA VIDA CONSCIENTE

Expone la concepción logosófica del hombre y del universo, llevando al lector a reflexionar sobre los grandes enigmas del ser humano, y propone un nuevo camino para la superación integral del hombre: El proceso de evolución consciente.

DIÁLOGOS

Conjunto de 53 diálogos donde, en amena plática, aparecen representados, por un lado, el discípulo aspirante al saber, y por otro, el preceptor que le enseña y orienta. Figuran en él concepciones muy grandes y originales, que conmueven hondamente a todos sus lectores.

DEFICIENCIAS Y PROPENSIONES DEL SER HUMANO

Desarrolla imágenes didácticas y claras sobre lo que debe hacer el ser humano para conocer sus fallas caracterológicas y llegar a eliminarlas. Describe las más frecuentes deficiencias y propensiones, presentando en cada caso la virtud o antideficiencia que se debe cultivar para neutralizarlas.

EL ESPÍRITU

Presenta un concepto original del espíritu y muestra cómo el profundo conocimiento interior permite penetrar en el mundo mental de la Creación. Un capítulo específico sobre los sueños relaciona este tema con el proceso de superación integral.

EXÉGESIS LOGOSÓFICA

Expone los principales conceptos logosóficos, dando al lector una imagen amplia y clara del campo experimental de esta ciencia, de lo que ella trae como originalidad y de sus proyecciones en la vida consciente de los seres humanos.



las cosas
circunstancias que las roas
razas, al sernos ofrecida en obsequio se tran
lla. Ha cobrado otro valor; de sus pétalos se des pren
e. En virtud de qué se ha operado ese cambio...? A
ella es ahora su expresión. Es la gentil portadora
ciento turno que se unió al nuestro. Los ojos sólo ven
Hano es una rosa; es un símbolo, un recuerdo. T
de una rosa, supón que yo te la ofrezco al po
este libro y guárdala en tu recuerdo permanentemente
te encargas la magia del sentimiento, conocerás tambie
ción del afecto que he puasto en sus páginas. Para en
se habrá delineado claramente sobre ellas y tu cora
imado al mío con ferviente anhelo.

González Pecotche, Carlos Bernardo
Bases para tu conducta. - 6ta ed. la reimp. -
Buenos Aires: Fund. Logosófica, 2011.
64 p.; 23x15 cm.

ISBN 978-987-24055-4-0

I. Logosofía. I. Título
CDD 128

Queda hecho el depósito de ley 11.723
y reservados los derechos de autor.
©2011 Editorial Logosófica

ISBN: 978-987-24055-4-0
Impreso en Argentina

EDITORIAL
LOGOSÓFICA

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

de la Fundación Logosófica de Argentina
Av. Coronel Díaz 1774 - 5° Piso
(C1425DQP) Ciudad de Buenos Aires • Argentina
Tel./Fax: (54 11) 4824-4383 / 4822-1238 int. 112
info@editoriallogosofica.com.ar

www.editoriallogosofica.com.ar

Este libro se terminó de imprimir en noviembre de 2011 en Verlap S.A.
Comandante Spurr 653 - Avellaneda - Buenos Aires - Argentina

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial.



BASES PARA TU CONDUCTA

**DEDICADO A
LA JUVENTUD**

**EDITORIAL
LOGOSÓFICA**

LIBROS PARA UNA NUEVA CULTURA

ÚLTIMAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

- Intermedio Logosófico (1º Ed. 1950) (1)
- Introducción al Conocimiento Logosófico (1º Ed. 1951) (1) (2)
- Diálogos (1º Ed. 1952) (1)
- Exégesis Logosófica (1º Ed. 1956) (1) (2) (3)
- El Mecanismo de la Vida Consciente (1º Ed. 1956) (1) (2) (3) (4)
- La Herencia de Sí Mismo (1º Ed. 1957) (1) (2) (3)
- Logosofía. Ciencia y Método (1º Ed. 1957) (1) (2) (3) (5)
- El Señor de Sándara (1º Ed. 1959) (1)
- Deficiencias y Propensiones del Ser Humano (1º Ed. 1962) (1) (2) (3)
- Curso de Iniciación Logosófica (1º Ed. 1963) (1) (2) (3) (4)
- Bases para tu Conducta (1º Ed. 1965 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (4) (6) (7)
- El Espíritu (1º Ed. 1968 Obra Póstuma) (1) (2) (3) (8)

(1) En Portugués

(2) En Inglés

(3) En Francés

(4) En Italiano

(5) En Alemán

(6) En Catalán

(7) En Esperanto

(8) En Hebreo

Este libro es una obra póstuma del autor, compaginado por su esposa Paulina Puntel de González Pecotche. Se basa en inspiradas páginas que Carlos B. González Pecotche había dedicado a su hijo Carlos Federico. Asimismo, contiene fragmentos de conferencias dirigidas a los jóvenes que el autor dictó en la Fundación Logosófica, en pro de la superación humana. «Bases para tu conducta» es un verdadero compendio para la formación de la juventud.

Néstor Carlos González Geuna

*¡Humanidad naciente, esplendor y
espuma de las edades futuras, a ti
te está reservada la ventura de vivir
una nueva vida y experimentar
cosas maravillosas!*

PREÁMBULO

Sé muy bien que a ti, como a todos los jóvenes, te ha tocado vivir una época harto difícil, ya por la convulsión mental de casi todos los seres que habitan el mundo, ya porque el futuro mismo se ha tornado incierto para quienes, como tú, necesitan labrarse un porvenir. Sin embargo, pese a este panorama desalentador, me está permitido decirte que siempre, en todos los momentos de tu vida, por amargos que sean, confíes firme y decididamente en Dios.

Su solo nombre, su solo recuerdo será suficiente para reconfortar tu espíritu y animarte en los trances difíciles, haciendo que las angustias que te atormenten pasen sobre ti sin afectar tu corazón ni debilitar tu voluntad. Pero sé digno de Él recordándole también en tus momentos de felicidad. Que siempre sea Dios quien presida tus horas de alegría, ofreciéndole desde lo más íntimo del corazón tu gratitud por cuanto le debes y posees: en felicidad, en conocimiento, en comodidad, en triunfos. Y cuando lo hagas, recordarás sin duda a quién estas cosas te enseñó y su ejemplo, en el que encontrarás los más grandes motivos para inspirar tu inteligencia y tu corazón.

Si mi vida un día se extinguiera y ya no pudieras oír mi voz, que todo cuanto deje en esta tierra te colme de bendiciones y anime tu espíritu a proseguir junto a mis buenos y leales discípulos la sublime labor de llevar el conocimiento logosófico a cuantos lo necesiten.

Al partir de este mundo dejaré un legado cuyo valor será estimado con justicia después de mi muerte. Ese legado es mi obra. Mi obra, a la que dediqué todas las horas de mi vida y en la que están encarnados mi nombre y mi espíritu. Mi obra, amada y respetada por todos mis discípulos, quienes —estoy seguro— la defenderán y conservarán.

He aquí algunos consejos que, si los tienes en cuenta, habrán de evitarte en la vida muchas dificultades y no pocos sufrimientos. A poco de ponerlos en práctica comprobarás que contienen normas precisas para el ejercicio y buen rendimiento de tus nobles propósitos.

Para aventajar tiempo y apresurar resultados necesitarás permanentemente de su auxilio, que pongo a tu alcance con conocimiento cabal de su eficacia. Considéralos como adelantos de ese valioso capital mental que habrás de ir reuniendo con tu propio esfuerzo.

Consagra todo el tiempo posible al estudio; con fe, con entusiasmo, aumentando cada día tu saber y sintiéndote dispuesto, al mismo tiempo, a conservar ese saber que necesitará, de tu parte, la atención y dedicación que siempre debemos prestar a las cosas que han de sernos útiles.

Estudia mucho y predispón tu ánimo de forma que el estudio llegue a seducirte tanto que te entregues a él con alegría. Mas no interpretes lo que de él te digo como si debieras dedicarte únicamente a

lo que enseñan los libros. No; el estudio tendrá que seguir en ti un proceso de actividad intelectual permanente, derivado de la observación, la cual podrás ejercitar en todo momento y en los ambientes que frecuentes. Tu vida será, pues, motivo constante de estudio. Pronto comprenderás que no hay estudio más bello.

Las observaciones que hagas sobre tus semejantes y sobre las cosas a tu alcance te permitirán perfeccionarte a ti mismo en alto grado, corrigiendo tus deficiencias y exaltando tus calidades. Así, por ejemplo, todo lo bello y bueno que veas en los demás, te servirá para reproducirlo en ti; y si lo que observas en ellos te resultase, por el contrario, desagradable (su proceder, su conducta, etc.) aprovéchalo para juzgar las impresiones que tus semejantes recibirían de ti si tuvieras el mismo proceder, la misma conducta. Tratarás, pues, por todos los medios y con gran voluntad, de no reproducir lo que a ti mismo te hubiese causado mal efecto.

Tus observaciones serán generosas, y de sus frutos surgirán motivos para tu propio auxilio y el de tus semejantes.

Haz de la observación un hábito; sólo así podrá ésta cobrar eficacia. Si la llevas a cabo hoy, mañana, y pasado no, con interrupciones, no te conducirá a nada. Procura más bien, tras continuado ejercicio, que la observación llegue a ser en ti natural; a consubstanciarse

contigo. De ello surgirán en tu mente ideas felices, constructivas siempre. He ahí el destino de la observación.

Te conviene escribir en ordenadas anotaciones, las impresiones que recojas, así como las apreciaciones sobre lo que observes a diario, ya que luego te habrán de servir para formularte valiosas reflexiones. El escribir te llevará además a ejercitar el manejo correcto del idioma; y te habilitará, más tarde, para concretarlo en artículos o libros, cuando tu inteligencia haya aprendido a madurar los temas centrales que desees exponer. Esto lo harás cuidando siempre que tus expresiones reflejen humildad, para que a nadie resulte chocante lo que escribas, antes bien, agradable, atrayente y ameno.

Quiero que surja en ti la iniciativa de expresar con claridad tu pensamiento; que te perfecciones no sólo en el arte de escribir, sino también en el de hablar. Cultívate en todo instante; piensa, piensa mucho, y hazlo con alegría. Dios te ayudará a crear pensamientos originales y fecundos.

Espero que tomes en cuenta estos consejos y los sigas, porque de su ensayo podrán surgir para tu bien inesperadas y valiosas ideas.

Las ideas no acuden si no se las llama con el único lenguaje que entienden. Ese lenguaje es el esfuerzo mental que hacemos por entender lo que anhelamos o queremos. El esfuerzo mental atrae la idea porque le ofrece la oportunidad de manifestarse; pero

es esencial que acostumbres a tu voluntad a mantenerse activa.

La educación de la mente cuesta esfuerzo; un esfuerzo voluntario y consciente. Recuerda esto con frecuencia; recuerda también que ese esfuerzo es vida, porque crea energías que suplen con creces los desgastes que todo esfuerzo ocasiona. Aparte de ello no olvides que pone a prueba, con ventajas para ti, tu capacidad de producir, de hacer, de realizar.

Las preocupaciones provenientes del estudio y del adiestramiento de las facultades de tu intelecto podrás mantenerlas sin perjuicio de las ocupaciones que necesariamente debes atender para tu subsistencia, ocupaciones que no descuidarás bajo ningún pretexto, para no verte envuelto luego en dificultades, disgustos o inquietudes económicas.

Preocúpate en forjar un porvenir, pero no pretendas hacerlo en poco tiempo. Recuerda que tampoco lograrás nada si no comienzas poniendo manos a la obra.

El pensar detenidamente sobre la profesión que te propones seguir te encaminará por una ruta segura. Elige aquella por la que sientas verdadera vocación y estudia bien tus posibilidades de encararla. Deberá ser la tuya una elección definitiva, pues si cambiaras de parecer todos los días, peligraría de continuo la estabilidad de tus pensamientos. Piensa seriamente en lo que acabo de decirte, porque tiene un valor inmenso para el futuro de tu vida.

Nunca te quejes por tener demasiado trabajo, sino por no hacer más de lo que haces. Esto resulta simpático, pero debes ser sincero y oportuno.

Une al esfuerzo la inteligencia; trabajarás menos y harás más.

Aprende a aprovechar el tiempo, cuyo valor es tanto más estimable cuanto más se comprende su importancia en la vida. Procura que tu tiempo sea rico en rendimiento. En todo momento, y especialmente después de tus tareas habituales, piensa, como lo tengo yo por costumbre, en lo que harás al día siguiente; y hazlo con método, de modo que por las mañanas, al comenzar tu labor, estén tus pensamientos listos para el trabajo. Verás que esto hará tu labor más liviana y hasta deliciosa, al sentir que tus pensamientos están dispuestos a colaborar contigo en la tarea que vas a iniciar. Si yo no lo hiciera así, si no pensara al acostarme en lo que haré al día siguiente, tendría que perder mucho tiempo cada mañana esperando que mis pensamientos se desperecen y pierdan su somnolencia. Nunca des lugar a ello, porque aun podría suceder que tus pensamientos, contagiándote el sueño, te volvieran de nuevo a la cama. Eso no es conveniente. Duérmete por las noches con ellos, mas al levantarte haz que despierten contigo. Sigue, pues, mi costumbre, para que cada día, al comenzar tu trabajo, encuentres a tus pensamientos ágiles y despejados. Cuando ellos se habitúan a esta discipli-

na se sienten felices. Tú mismo comprobarás cómo se encargan de despertarte temprano invitándote a la actividad.

Te daré a conocer otra de las fórmulas que suelo emplear para el mejor aprovechamiento de mi tiempo. Ello me ha permitido a menudo hacer de una hora dos, y aún más. Me dispongo, por ejemplo, a escribir, llevando cuenta del tiempo que empleo en esa tarea. Cuando han transcurrido cuatro horas, supongamos, observo el rendimiento de mi trabajo. Si en cuatro horas he escrito veinticuatro carillas, me propongo entonces escribir la vez siguiente el mismo número de páginas en dos horas. Me quedarán libres, por consiguiente, dos horas de las cuatro que antes ocupaba. Concentrando todavía más mi tiempo podré intentar hacer mi trabajo en una hora, con lo cual dispondré de tres horas libres en vez de dos. He aplicado este procedimiento, con éxito también, en otros aspectos de mi labor. Ensáyalo tú y verás cuánto bien te reporta, aun cuando no obtengas tan exactos resultados.

Todo tiempo libre dedícalo a aprender lo que no sabes, y hazlo pronto, como si lo necesitaras en un futuro inmediato. Aprende hasta los menesteres más insignificantes. Te resultará grato después, saber que puedes hacer tal o cual cosa; más aún si para ayudar a alguien te vieras circunstancialmente obligado a echar mano de ello.

Habrás observado que si el trabajo se hace a

desgano se torna pesado y no permite disfrutar de la vida. ¡Cuán útil es en estos casos poseer el dominio de los pensamientos! Cuando te sientas desgano procura un pequeño retraimiento y piensa cómo podrías defenderte. Si atento a tus estados adiestras constantemente tu mente y tus pensamientos en ese ejercicio, ni ésta ni otras circunstancias de la vida te tomarán desprevenido.

La atención es signo de conciencia; no permitas nunca que se ausente de tu vida. Lograrlo no te será difícil si te lo propones. Piensa que si el hombre puede hacerlo, es porque ha sido creado para ello. Partiendo de este lógico razonamiento, pon tus ojos en Dios y observa cómo los pensamientos de su gran Mente Universal, plasmados en las Supremas Leyes, colaboran todos disciplinadamente y con una consagración absoluta en el mantenimiento de su creación. ¿Por qué no has de seguir tú ese alto ejemplo, salvando distancias, lógicamente?

No te conformes sólo con saber que Dios existe. Debes sentirlo a través de las manifestaciones conscientes de tu propio espíritu; ello te será posible a medida que logres adentrarte en los conocimientos que conducen a Él. Esos conocimientos te ayudarán a forjar una conducta meritoria, una conducta que será a la vez una oración; la única que Dios admite: la conducta honorable forjada a través de todos los días de la vida. He ahí la más bella de las oraciones, el más eficaz de

los ruegos; he ahí la verdadera súplica: la que expresa una verdad consubstanciada con la propia vida.

Tan hermosa posibilidad está al alcance de todos los que anhelan, como tú, marchar por esa senda segura, sobre la cual los pies avanzan posándose siempre donde la conciencia ya ha advertido que pueden posarse.

Acércate, pues, a Dios por el conocimiento. Sólo por ese medio podrás lograr esa aproximación y descubrir en sus propias Leyes el porqué de los procesos que tienen lugar en la creación. El conocimiento de esas Leyes hace posible al hombre sobrepasar sus limitaciones y encontrar las claves de su propia existencia. Ya sabes que una parte de esa existencia es perecedera y la otra imperecedera. Comprenderás que es propio de todo ser inteligente luchar por escapar de lo perecedero, de lo limitado, y alcanzar una existencia sin limitaciones.

El proceso de evolución consciente que te propones cumplir implica la constancia de hechos que confirmen esa evolución. Recuerda que debe realizarse dentro de la conciencia y no afuera; de ahí que se llame proceso de evolución consciente. Te acondicionarás a él si luego de identificar tus defectos también los eliminas.

Gradualmente irás poniéndote a tono con los conocimientos coincidentes con ese proceso, los que te obligarán, como consecuencia de la modificación de los conceptos anteriores a tu ingreso en él, a un

comportamiento ejemplar. Observa que he dicho «modificación», lo cual no significa la anulación de esos conceptos, sino su perfección. Desde este punto de vista su permanencia es admitida, salvo que en la confrontación hayan perdido su primitivo valor e importancia.

Los conceptos aceptados conscientemente como verdades que favorecen el curso de la evolución, deben regir desde ese instante la vida. No es admitido hacer de ellos una adopción circunstancial y, menos aún, dejarlos a un lado como cosa inservible. Una vez forjados en la mente deben encauzar la vida y gobernar su destino.

Realiza tus tareas de orden físico con toda eficiencia y dedicación, pero recuerda que no es ése el único fin de la vida, ni aun en el mejor de los casos. Una profesión, por ejemplo, puede ser uno de los tantos fragmentos que componen la vida, pero no el todo; no podrá por sí sola llenar su objetivo. Preciso es colocarse fuera de ella; de lo contrario se le estará dando mayor valor que a todo lo demás y uno mismo se restará posibilidades.

El exclusivo ejercicio de una profesión no da al hombre la capacidad consciente a que aspira cuando se propone perfeccionar su vida. Por encima de ella ha de estar el culto a la propia superación; la única profesión que no permite especular, ya que quien pretenda hacerlo se limitará a sí mismo.

Debes tener presente que el hombre no puede ser un simple ente vegetativo, obediente tan sólo a las necesidades de la vida material o a los impulsos primarios del instinto, sino la figura central de una existencia que se multiplica en las obras, en los afectos, en las palabras; una existencia que triunfa en las luchas contra el mal y avanza conquistando el bien.

De acuerdo con lo que vengo diciéndote, no favorezcas nunca en exceso el desarrollo de la vida material, pues sabes que de esa manera la espiritual se limita. La atención de ambas debe correr paralela.

Ocupa parte de tu tiempo en distraerte, sin descuidar, desde luego, las ocupaciones serias que tengas. Mas procúrate diversiones sanas y agradables, pues con ello proporcionarás descanso a tu mente y desahogo a las exigencias naturales de tu ser.

Nunca hagas mal a nadie y, si puedes, aun evita con tu consejo que otros lo hagan. Empéñate siempre en hacer el bien. La mejor forma de hacerlo, sin riesgo de afectar por inexperiencia tu situación, es aconsejar y orientar a los que necesiten o te pidan ayuda; pero ten presente que para hacerlo a conciencia debes sentirte capaz por haber ilustrado antes tu mente con conocimientos y observaciones que te habiliten para ser justo en tus apreciaciones y certero en tus consejos.

Toda acción realizada conscientemente en el sen-

tido del bien, es un ahorro que acumulamos en ese gran Banco de Crédito Universal que lleva cuenta de nuestras deudas. De manera que todo acto dirigido conscientemente hacia el bien no sólo fortalece el ánimo, lo estimula y lo hace perseverar en esa conducta, sino que aligera las deudas contraídas a lo largo de la existencia.

Esfuézate en ser sociable; es conveniente que amplíes el círculo de tus relaciones. Para ello tu trato deberá ser afable y cordial. Que en tus modales, como en tus conversaciones, se advierta que eres educado, culto, inteligente.

Inspirar simpatía es crear un medio de feliz convivencia, así como dar aliento a quien le falta es deber moral del hombre.

Sé agradable y obtendrás como resultado ser bien acogido adonde vayas, mas te advierto que no te será fácil lograrlo si tan sólo piensas en ser grato.

Los pensamientos de amor verdadero y consciente hacia el semejante, los motivos que surgen de la vida superior, embellecen de una manera muy particular la fisonomía humana, poniendo en los ojos dulzura, en los labios, la fresca sonrisa de la felicidad, y en el alma, la noble expresión del sentimiento.

No se advierte esto en todos los seres, pero todos pueden poseerlo aunque sea en pequeña parte. Para lograrlo es menester hacer de la gracia un culto, pues ella responde al embellecimiento del espíritu, que es lo excelso en el ser y se manifiesta en las

transparencias del alma. El esfuerzo por conquistarla vincula a una fuerza, porque la gracia, la simpatía, es en sí una expresión de fuerza. Nadie auxilia a quien le es indiferente o a quien rechaza, pero en cambio hay muchos que auxilian a quien les inspira simpatía. Estímala, pues, como una fuerza y extiéndela en torno de ti; será un amparo.

Sé discreto y expresa tu pensamiento sólo cuando domines enteramente un asunto. Quien habla de lo que no sabe se empequeñece ante los demás. Evita, pues, que nadie se forme un pobre concepto de ti, ya que luego te costará mucho levantarlo.

Haz lo posible por que tu espíritu participe ampliamente de tu vida; recuérdalo a menudo. Observa cómo te has conducido hasta el instante de seguir estos consejos y aplícate en lo sucesivo en actuaciones que favorezcan su permanencia a tu lado. Piensa, por ejemplo, en las cosas que le agradan y elige, entre ellas, cinco; piensa luego en otras cinco de las que agradan a tu ser físico y, partiendo de allí, esfuérgate en satisfacer a ambos; balanceando, equilibrando siempre.

Concentra tus afanes en su enriquecimiento. Atesora todo conocimiento útil para la amplitud que debes lograr de tu capacidad mental y de la potencia de tu inteligencia. Ello te hará experimentar muchos momentos de felicidad y júbilo, y te permitirá hacer uso de tus fuerzas creadoras que, convertidas en ideas fecundas, te pondrán en condiciones de bastarte a ti mismo y

hacer el bien a los demás. Aquí debo advertirte que el solo hecho de hacer el bien es ya una bendición de Dios; por lo tanto, no te sientas afectado si por el bien que hagas recibes alguna vez ingratitud.

Irás siempre en busca de las formas de conducta que dignifican el comportamiento; a las bases de la conducta.

Te conviene saber que la dignidad otorga al hombre la prerrogativa de ser respetado, no sólo en un momento de su vida, sino en todos. Mas ten en cuenta que ella no debe descender en ningún instante, porque tan pronto responde el ser a una actitud ofensiva o inconsiderada, la dignidad desaparece, cediéndole el lugar a la susceptibilidad, que debe permanecer siempre por debajo de la dignidad.

Para ser tal, la dignidad debe tener la inalterabilidad de lo eterno. Ella es serena; demora en reaccionar y lo hace siempre sin violencia.

Si ocasionalmente fueras objeto de una censura injusta, fruto tal vez de un equívoco o quizá de una intención malévola, ella te defenderá, ayudándote a encontrar la posición correcta.

No te deleites nunca con las flores que prodiga el halago, porque si a cambio de ellas recibes de vez en vez alguna piedra, por pequeña que ésta sea te resultará enorme y sin duda magnificarás el daño sufrido. Esas flores adormecen; producen mareo. Las piedras, por el contrario, despiertan. ¿Qué es mejor?... Desde

luego que las piedras, porque nos ofrecen la oportunidad de transformarlas en flores hermosas. Esto es alquimia, y también una de las bases donde se apoya la dignidad del hombre.

Colócate siempre de frente a la vida, porque si no lo haces estarás dando la espalda a la realidad. Asimismo afirmate en el propósito de jerarquizar tu concepto, para que nadie pueda dañarlo ni lesionarlo, y recuerda siempre que no puede un buen concepto subsistir si la conducta varía de pronto desfavorablemente.

También es importante para ti, saber que en el orden de las manifestaciones morales nada hay más sagrado que una confidencia, y que nada hiere ni decepciona más al sentimiento que la infidelidad o la indiscreción burlando la buena fe de quien hizo entrega a otro de su confianza. ¡Cuántos dramas amargos se han desencadenado en el mundo por esa causa! Cuando un secreto poseas, confiado por un semejante, piensa que ese secreto es tuyo y de Dios. Si lo divulgas, dejará de ser tuyo y de Dios para pertenecer a la malicia ajena.

Concentra los afanes de tu voluntad en el gran objetivo de la vida, que es la superación, el perfeccionamiento. Ese objetivo es el aliciente que debe impulsarla en todos los momentos de su existir. Pero no te conformes con ser mejor en esto o en aquello; ser mejor significa serlo en todo.

Es probable que avances mucho en ese trabajo,

demostrándolo en tus actuaciones; en tal caso cuida de que no se insinúe en ti la sobreestimación, ya que con ello lo echarías todo a perder. Vela, pues, por que tus buenas acciones no pierdan mérito en virtud de esta circunstancia.

Aprende a ver en cada observación o corrección que merezca tu comportamiento, una oportunidad de mejorarlo; si no la aprovechas pasarás por alto una preciosa oportunidad.

Cultiva la seriedad en plena juventud; ello te permitirá más tarde disfrutar de esa sana alegría que se siente cuando se ha logrado vencer a tiempo los pensamientos que tuercen el camino de la vida.

Recuerda también que todo ser humano debe tener amigos. Los amigos se hacen por disposiciones mutuas al brindarse atenciones que inspiran a ambas partes reconocimiento y confianza. La afinidad en las ideas, gustos y costumbres concurren grandemente a cimentar la amistad.

Antes de prodigar tu amistad a alguien conviene que conozcas sus ideas, su moral, sus inclinaciones, etc. La buena impresión que recibas al tomar contacto con una persona tendrá que ser confirmada por lo que observes en ella en tratos posteriores.

En toda amistad debe cultivarse el respeto, máxime si esa amistad nos honra y nos resulta sana y agradable. Siempre, en todo momento, debe mediar entre amigos un gran respeto.

Si hubiera desigualdad en las condiciones eco-

nómicas, el que se halle en situación más ventajosa deberá ser generoso con el otro. Idéntica conducta debe observarse en cuanto a cultura y conocimiento. Pero nunca se mostrará superioridad al brindar esa ayuda.

Trata bien a tus amigos; para ello necesitarás paciencia y tolerancia. Estímalos con sinceridad, demostrándolo de diversas maneras, ya pasando por alto sus errores, ya sirviéndoles desinteresadamente cuando se ofrezca la oportunidad. Lo esencial es que el menor número de cosas afecte esa amistad. ¿Que un amigo no te llama por teléfono, como de costumbre, por haber tenido el día anterior una diferencia contigo? Pues llámalo tú, como si nada hubiese ocurrido. Si no se observa esta conducta la amistad se resiente. Tratándose de amigos, pon siempre de tu parte muy buena voluntad, pues tuyo debe ser el interés por conservarlos.

Si las circunstancias te impusieran la obligación de emitir un juicio sobre alguno de ellos, observa al hacerlo si no existe en ti el deseo incontrolado de influir en favor de él o en contra. Las consecuencias de ambas actitudes suelen ser variadas y, aparte de algún posible trastorno en la amistad, podrían colocarte en el trance de tener que oír, tal vez cruda o duramente, la opinión o el juicio de quienes te observen o escuchen.

Atiende también este otro consejo: al amigo debes molestarlo lo menos posible, pero le ofrecerás en

cambio tu compañía cuando sea necesario o puedas brindársela, concurriendo también a los lugares que él frecuente si son de tu agrado.

Si te gustan las bromas trata de que las tuyas sean siempre simpáticas y produzcan buen efecto. Que nunca afecten ellas los sentimientos de quienes te escuchan. Si alguien lo hiciera contigo guarda silencio y prolongalo hasta que por sí mismo sienta la necesidad de hablarte y disculparse. Entonces, sin resentimientos, hazle conocer tu pensamiento.

Otra cosa importante quiero recomendarte. Nunca pidas nada prestado a tus amigos. Si por necesidad o por olvidar este consejo llegases a hacerlo, comprobarás sin duda la verdad de lo que a continuación voy a decirte.

El que pide a otro algo prestado queda expuesto a que le soliciten el mismo favor. Esto no sería de preocupar si no fuese porque la exigencia del que hizo el favor suele ser mucho mayor que el favor recibido; y no siempre se halla uno en condiciones o en disposición de corresponder a esa exigencia.

Ten asimismo presente que si el favorecido eres tú, la conciencia no te dejará tranquilo hasta que hayas devuelto lo prestado, pero no puedes tener seguridad de que ocurra lo mismo si otro contrajo una deuda contigo.

Los préstamos entre amigos —no lo olvides— traen con frecuencia disgustos y conviene evitarlos,

pues nunca se está a resguardo de que lo sorprenda a uno el abuso o el incumplimiento.

En el trato con tus semejantes, cuida de no producir reacciones por causa de un instante de nerviosidad o por sostener razones que acaso tengas en parte, pero que podrían chocar con la parte de razón de quien te escuche.

Esas reacciones que podrías provocar no siempre se manifiestan en forma visible o en el momento, mas permanecen en el recuerdo del que hubiese quedado afectado, recrudesciendo si las circunstancias se reiteran.

Encontrarás entre mis enseñanzas aquéllas que ayudan a contener las reacciones del propio temperamento. Si por descuido no lograras contenerlas en ti, que éstas no duren más tiempo del que te está permitido como desahogo. Que nunca lleguen a ocupar íntegramente la zona sensible de tu ser.

Tus reacciones serán, pues, pasajeras. Obsérvalas mientras duran y permanece frente a ellas más atento aún que cuando observas las reacciones de los demás.

Los aconteceres de la vida pueden producir efectos desagradables, que admiten un tiempo de duración. Mas pasado ese tiempo debe cesar todo intento de revivirlos en el recuerdo, con lo cual se evita, justamente, la acumulación de odios y rencores. Me refiero a esos aconteceres que acarrear

ofensas y agravios. Si te complacieras en reactivar el efecto de esos hechos ingratos, fomentarías en ti el resentimiento, que no es por cierto signo de elevada condición moral.

Recuerda el agravio, porque el hombre no debe olvidar lo grato ni lo ingrato, pues lo uno alienta el espíritu y lo otro alecciona el juicio, pero amortigua sus efectos sobre el alma haciendo que tu mente y tu corazón, superando el trance, permanezcan libres de toda consecuencia nociva.

De acuerdo con este consejo procura que cuanto te ocurra en la vida sea para ti motivo de amplio análisis, porque sólo así podrás hacer buen aprovechamiento de tus experiencias.

Cuando te encuentres en reuniones sociales ingéniate en tener siempre a mano relatos interesantes o cuentos amenos. Todos agradecen cuando alguno les proporciona un rato de esparcimiento; por otra parte, es visto con simpatía el que sabe influir graciosamente sobre el ánimo de los demás.

Debes conocer también los juegos de salón, incluso los naipes. Pero nunca juegues con extraños por dinero; es peligroso. Ten memoria de cuántos fueron arrastrados a la ruina por esa causa. Cuando juegues hazlo entre amigos, circunstancialmente, para pasar el rato. Jamás confíes en el juego, cualquiera sea, porque tras el buen momento que prometen, vienen los tragos amargos, que aprenderás a evitar.

Si se te ofreciera la posibilidad de emprender o realizar un negocio, estúdialo antes y busca el consejo de quienes tengan experiencia, observando a un tiempo si los que te aconsejan han triunfado o sabido colocarse en una posición que merezca confianza.

Nunca te dejes sugestionar por los que te proponen un negocio; menos todavía si carecen de solvencia moral y económica. Huye siempre de toda proposición excesivamente lucrativa; probable es que tras ella se oculte el engaño. En cuestiones de dinero hay que ser muy cauteloso. Piensa en lo doloroso que es perder los bienes y cuánto cuesta recobrarlos.

La prudencia que te aconsejo no llegará en ti al extremo de que te abstengas de emprender cualquier actividad de tu agrado, pero es indudable que marcharás sobre seguro si dominas a fondo, o en parte al menos, el campo donde te propones actuar.

Si alguna vez decides iniciar un negocio, atiéndelo tú mismo, sin descuidarlo nunca en tanto tratas de conocerlo en todos sus detalles. Jamás cometas la imprudencia de dejar su atención en manos de ningún comedido, por amigo que parezca, ya que podría ocurrir que quien se encargare de ello lo haga por no tener ningún asunto propio que atender. Esto hablará bastante acerca de su incapacidad o falta de solvencia, pues, ¿quién toma a su cargo quehaceres ajenos cuan-

do tiene los propios? Nadie cuida mejor de sus cosas que uno mismo; si lo olvidas, expondrás tu dinero.

Es lógico que aparte del anhelo de superarte espiritualmente, aspire a una posición económica holgada. En ambos casos esperarás sin apremios la oportunidad de alcanzarlas, ya que de lo contrario la oportunidad se alejará de tu lado.

Te diré, al paso, que cada oportunidad es una fracción de tiempo que mucho tiene que ver con nuestra vida. Prepárate para aprovecharlas, porque si no lo haces pasarán junto a ti en silencio, como una sombra, y las perderás irremisiblemente.

Mientras te orientas en busca de una posición cómoda, que te permita vivir sin las torturantes angustias que provocan las necesidades económicas, medita sobre lo que voy a decirte: formarse una posición económica holgada cuesta mucho. Hay que luchar y sufrir, soportando de continuo los efectos de la incertidumbre frente a las contingencias de la lucha diaria, máxime cuando el hombre no se ha formado todavía un sólido respaldo económico ni está asistido por la seguridad de saber conservar lo que posee.

Sé, pues, precavido, y cuida lo que tienes, conservándolo como algo sagrado, porque sagradas fueron también las luchas y padecimientos que se sufren para poseerlo. Si alguna vez quisieras encarar una actividad en la que podría correr riesgo una parte o la tota-

lidad de tus ahorros o de tu patrimonio, ante cualquier vacilación acude al consejo de mis buenos discípulos. Si pensaras que no tienes necesidad de su consejo, ése sería justamente el instante en que quedarías, sin defensas, a merced de las circunstancias.

Cuida que tus gastos no excedan tus ingresos, para no producir desequilibrios en tu economía. Que las entradas que tengas cubran holgadamente tus necesidades y, llegado el caso de tener que afrontar contrariedades económicas, desecha pensar en el recurso de acudir a un amigo en demanda de auxilio, pues, aparte de mostrarle tu situación —cosa no siempre prudente—, disminuirás tu concepto, probablemente sin obtener ayuda.

Recuerda que lo poco que uno pueda tener, como lo mucho, merece ser preservado. Cuidarás, pues, de tu patrimonio, cuidarás de tu mujer cuando la tengas, cuidarás de tus amigos y cuidarás también la posición que ocupes de acuerdo con el destino que tú mismo hayas forjado.

El mayor de los bienes que puedas poseer —recuérdalo siempre— es tu propia cultura, o sea tu ascensión a los elevados pináculos del saber. Esfuérate en alcanzar vastos conocimientos y procura que tu inteligencia sea el guardián permanente de esos bienes, en tanto tú vigilas los movimientos y actos de tu voluntad. Nadie podrá así sorprender tu buena fe ni explotar tus sentimientos.

Conserva siempre ordenadas las cosas para sa-

ber en todo momento a qué atenerte con respecto a ellas y cómo conducir mejor tu vida.

En cuanto a tu actividad, sea en el trabajo, sea en el estudio, fórmulate, además del propósito, un plan y síguelo como si alguien te lo hubiese impuesto como una obligación. Si interrumpes o alteras de continuo ese plan, debilitarás tu voluntad y perderás el apoyo de tus propias decisiones.

Los anhelos nacen de una necesidad, de una obligación o un conocimiento, y desde que toman forma en la mente comienza en ella un proceso en el cual operan las leyes que regulan sus alternativas. De la participación que esas leyes tienen en ese proceso te darán amplia cuenta mis enseñanzas mientras avanzas en él y por ti mismo compruebas que los anhelos fructifican en conocimientos y colaboran a su vez en el logro de otros anhelos.

¿Por qué no ha de haber en ti buena pasta para modelar una nueva estructura psicológica? Ya comprobarás tus progresos a medida que sientas obrar en tu ser la fuerza de estos consejos. Es esencial que experimentes esa realidad, la cual, con su fuerza expresiva reverdecera tu ánimo de continuo, activando tu entusiasmo e impulsándote siempre, sin violentar por nada tu espíritu, a un rendimiento mayor de tu actividad mental.

Seguramente adviertes que estoy despertando tu mente; despertando en ti el anhelo de sentir el latido de tu vida interior.

Ajustándote a mi consejo, siguiendo rigurosamente la disciplina que te señalo, tú mismo facilitarás tu marcha y aun te capacitarás. Verás qué buena repercusión tiene eso en ti. Nada hay que estimule tanto como los éxitos obtenidos merced al esfuerzo, al empeño, a la constancia y al entusiasmo sabiamente orientados.

Trata en todo momento de ser útil, pero hazlo de acuerdo con tus posibilidades reales.

Sé metódico. Ya te he dicho antes que seas ordenado en tus cosas para hallarlas cuando las necesites. También sé ordenado en tus estudios. Ni para lo uno ni para lo otro te tornes meticuloso, que no es conveniente.

Habrás sin duda observado cómo insisto una y otra vez sobre algunos puntos; es porque lo estimo de suma importancia para tu mejor protección. Mucho te encarezco que controles tus pensamientos; con ello te evitarás zozobras y angustias, sobre todo si logras tener presente cuánto influyen sobre el ánimo, haciendo que se prescindiera de la razón. Esto puede ocurrir tanto en la vida moral y sentimental como en la comercial. No lo olvides.

Nunca te dejes afectar por cosas que sólo tienen importancia secundaria. Si por pequeñeces comprometes tu ánimo y tu buena disposición, te perjudicarás en todo sentido.

Cada fracaso deberás tomarlo como principio de

triunfo, siempre que de él extraigas el elemento que te faltó para vencer.

Son muchos los que se desalientan cuando éstos sobrevienen, muchos los que se desmoralizan y aletargan por esa causa. La vida es, sin embargo, actividad constante; la misma naturaleza nos lo muestra. ¿Por qué, entonces, la mente humana ha de permanecer pasiva, cuando tiene a su alcance tantos pensamientos útiles para activar su capacidad y sobreponerse a los obstáculos?

Sabes bien qué propenso es el hombre a dejarse invadir por las emociones tristes, amargas, violentas o ingratas que recibe. Esto altera su sistema nervioso, resiente su salud y, aparte de ello, agría su carácter. Para evitar tales efectos, ejercítate mucho en el uso de ese gran elemento neutralizador de las emociones o contraemocional que te ofrecen mis enseñanzas. A una emoción pesimista opónele al punto otra optimista, alegre, estimulante; a una violenta, otra sedante; y hazlo siempre con plena conciencia de su eficacia.

Cuando las luchas que te ofrezca la vida te sean duras, suavízalas. No acrecientes su dureza tornándote pesimista o dejando que tu fortaleza decaiga. Haz en todo momento, de la lucha, una enseñanza; transforma en dulce su sabor cuando esa lucha te sea amarga. Verás cómo el observar este consejo te llevará al triunfo.

Con afligirte por las contrariedades no remedias

nada. Sigue mi ejemplo; en medio de las luchas trabajé siempre con gran entusiasmo y empeño, cumpliendo con los que vivieron confiados en mi palabra, a los que jamás defraudé.

Insufla en tu vida esa fuerza que se llama valor, porque la necesitarás para enfrentar con entereza y comprensión las situaciones difíciles; incluso para afrontar los éxitos, porque éstos pueden nublar la razón y perder mérito por no haber sabido contener a tiempo los desbordes de la vanagloria personal. Aun necesitarás valor para disfrutar de la felicidad misma, si no quieres que ella se desvanezca por un momento de debilidad o por el simple temor de perderla.

El valor es una fuerza en extremo estimulante, porque ensancha el campo mental y da solidez al pensar y al obrar. El temor es en cambio deprimente; aflige, tortura, amarga, entristece.

El hombre necesita mucho valor para vivir y mucho, también, para morir. En realidad, todo en la vida tiene que ser hecho con valor; valor sereno, firme.

Si una consigna debiera darte, se concretaría en dos palabras: sé valiente. Para tu mejor comprensión, te diré que ser valiente no significa en modo alguno la ciega exaltación de la fuerza interna, por cuanto ésta debe ser regulada por la propia responsabilidad. No demostraría valor quien diera torpemente a otro un recio golpe en la cabeza. No; por eso te he dicho que la

valentía debe estar respaldada por la responsabilidad individual, tanto más firme, tanto más amplia cuanto mayor sea el número de los conocimientos que se tengan. ¿Piensas tú que podría concebirse el valor donde no hay conocimiento? En tal caso habría temeridad, audacia; y no es mi propósito hablarte aquí del valor físico, sino del moral y del espiritual.

Destierra de ti para siempre el temor, por ser signo negativo de la existencia humana. Comprueba tú mismo cada día si en tus pensamientos, en tus palabras y en tus actos hay mayor valentía con respecto a la víspera. Comprenderás entonces que ser valiente es dar muestra de seguridad personal. De allí, justamente, de esa seguridad personal, surge el verdadero valor. Esa será la mejor garantía de la fe que irás depositando en ti mismo, fe que necesita siempre del valor mientras crece; la única valedera, porque hace al hombre consciente de sus deberes para consigo, para con sus semejantes y, esencialmente, para con Dios, su Creador.

Llegarás a ser tan valiente que puedas dar de tu valor a los que no lo tienen; a los que viven atemorizados, sugestionados por la noticia diaria, producto de un mundo convulsionado y lleno de peligros; a los que necesiten de él para defender su libertad más sagrada, la interna, amenazada por los que pretenden dominar al hombre hasta en su fuero interno.

Todo en este siglo parecería querer ensombrecer-

se, negando a las generaciones de hoy y del futuro esa inocente felicidad que vivieron las que nos precedieron. No obstante, lo último que el ser humano debería perder es el valor; porque habiendo valor hay vida, hay esperanza de que el panorama de la existencia cambie de un momento a otro. Cuando no lo hay, cuando el desaliento hace presa de él, se halla éste viviendo ese pasaje que introduce al hombre sigilosamente por los pasillos de la muerte; una muerte lenta, un vivir sin vida, sin orientación, sin estímulos, sin nada en qué apoyarse para sobrellevar el peso de las dificultades.

Si te propones seriamente perfeccionar tu vida, no dejes en ella parte alguna sin modificar. Cámbiala totalmente. Cambia el temor, si lo hubiere, por el valor, y sentirás la alegría de vivir.

A tu edad muchos piensan que la vida se vive bien cuando se la derrocha. Pero no es así; eso es efímero. La vida se vive bien cuando se la amplía, y al ampliarla se generan las energías que forman el valor. Es como si nuevas porciones de vida se agregaran a la vida misma. Si te abocas a ello irás adquiriendo conciencia de tu propio existir, tendrás gobierno sobre tu vida y habrás hecho de ella algo útil para ti y para tus semejantes.

No derroches la vida jamás; no la malgastes. Al contrario, ahórrala, porque de ese ahorro podrás hacer uso cuando llegues a la edad en que declinan los ardores de la juventud. Él te permitirá sentir la juventud en todas

las edades, pues la savia acumulada, esa savia juvenil que es vida del espíritu, se habrá extendido a lo largo de toda tu existencia. ¡Y qué maravillosa se nos aparece esa existencia cuando pensamos en las grandes reservas que es capaz de acumular! Reservas inagotables si se las sabe usar; de lo contrario se agotan.

Recuerda que la vida no puede ser vivida a medias o en pequeñas partes, como suele acontecerle a los que de tanto en tanto recuerdan que viven y se activan tan sólo para sumirse de nuevo en la inercia, el desaliento o la indiferencia. No está de más hacerte presente que la inercia sumerge al ser en la inmovilidad, obligándole a llevar a cuestas, como un peso muerto, a su propio espíritu.

Interesarse en nuevos motivos ayuda a vivir en permanente juventud. Seamos como los ríos, que renuevan constantemente sus aguas.

Vive con plenitud; ensancha tu conciencia, abre tu mente, porque, ampliadas ambas, la vida cobra vigor, entusiasmo, movimiento y también grandeza. Una grandeza que, siendo pequeña en cada uno, permite a quien lo desea aumentarla ilimitadamente a medida que acrecienta sus conocimientos.

Considérate dichoso si consigues dinamizar en ti el propósito de lograrlo; más allá comprenderás lo que significa haber sido bautizado con el fuego de las experiencias, en la religión del trabajo que fecunda y dignifica la vida; en la religión del sacrificio,

que permite comprender el gran drama humano; en esa religión que levanta su altar dentro de uno mismo, y ante el cual cada uno se confiesa a su propia conciencia y ofrece feliz el sublime ritual que el alma humana eleva respetuosa y agradecida al Dador de su existencia. Es en ese altar donde, en íntima comunión, se concilian los errores de la carne con los aciertos del espíritu; donde el arrepentimiento derrama sus lágrimas verdaderas, fertilizando el árbol de la vida; donde el hombre se hace a sí mismo la promesa, que encarna todo un ideal de perfección, de volver cada día más limpio de las contaminaciones del mundo, y donde recibe de su conciencia el consuelo piadoso de la esperanza, de la fe profunda, consciente, sublime, que le anuncia el cumplimiento de esa promesa.

En la naturaleza existen, y se hallan al alcance del hombre, dos mundos diferentes e igualmente reales. En uno de esos mundos —el común— se vive, pese a estar alumbrado por el sol, a oscuras respecto a la realidad del otro. La mirada y el entendimiento humanos lo ignoran totalmente. El conocimiento superior abre al hombre las puertas de ese mundo que ignora —el trascendente— y le pone en contacto con su realidad. Allí, los signos del saber se conjugan a través de un lenguaje único que está por encima de todo los idiomas conocidos; es el lenguaje que utiliza la Inteligencia Suprema para que los hombres,

intuyéndolo primero y adoptándolo después, se familiaricen con el Gran Espíritu que anima la creación. Ese lenguaje se combina y articula en el espíritu y es necesario al hombre conocerlo. Para lograrlo, nada mejor que abrir la mente a su influjo, disponiéndose a asimilar su elixir.

Te hablaré ahora de la felicidad, tan perseguida siempre por el hombre. Como ves, paso de una idea a otra como si estuviera enlazando mariposas.

La felicidad es algo que la vida nos otorga a través de pequeñas porciones de bien. Comúnmente se la busca con los ojos puestos en un solo punto; si ese punto fracasa, si ese objetivo desaparece, la vida se pliega, sobreviniendo el dolor, el escepticismo, la decepción.

Si enfocas activamente la mirada sobre muchos puntos, procurando a un tiempo aproximarte, por ese medio, a la felicidad, llegarás a inmunizarte contra esos efectos depresivos, disipando los tranques amargos o haciéndolos soportables, ya que actuarán en tu favor las defensas creadas por todas las pequeñas porciones de felicidad que hayas logrado reunir. Por otra parte, piensa que si en algunos te sorprende el fracaso, en otros puede esperarte el éxito.

Ahora bien; la felicidad endulza la vida llenándola de esperanza y de gracia, mas, si la conciencia permanece extraña a ella, su presencia en el sentir será fugaz

y el recuerdo del bien que nos brindó se esfumará rápidamente.

La felicidad se marchita como las flores, pero así como el buen jardinero tiene siempre a su alcance otras para reemplazarlas, quien posee conocimientos puede también reemplazar constantemente los motivos que dan permanencia a la felicidad en la vida. El conocimiento la fija, la hace estable; permite sentir su latido de eternidad.

Comprenderás ahora que la felicidad no es lo que se disfruta en uno, en dos ni en tres instantes, mientras se siente ese algo que atrae y nos hace dichosos. Ella debe interpenetrar todo nuestro ser. Debe uno sentirla como a la propia vida. Únicamente entonces podrá decir el hombre que la conoce; y eso acontece cuando frente a ese inmenso horizonte de posibilidades que el conocimiento abre a su vista, descubre dentro de sí una capacidad mayor para realizar sus anhelos de bien.

Sólo el conocimiento superior puede poner al hombre en contacto con esas pequeñas porciones de felicidad que la vida le ofrece; y una vez logradas ya no las podrá perder, pues se habrán integrado a su vida.

Hallarás en mis enseñanzas multitud de señales que indican cómo encontrar aquí y allí, en infinidad de partes, esos fragmentos de felicidad y, con el tiempo, podrás atesorarlos en gran medida.

Voy a referirme ahora a otro punto importante. El

día que decidas constituir un hogar, cuida de que ese hogar sea lo más íntimo posible; que jamás se convierta en lugar de reunión, propicio a la liberalidad de tus amigos. Ese hogar tendrá que ser sagrado para ti. En él encontrarás el cariño, la atención y el reposo que no hallarás en parte alguna.

Quienquiera sea la mujer que elijas, deberá saber todas estas cosas; de lo contrario, se las harás conocer. Si no las escucha o no las toma en cuenta, la corregirás a tiempo, ayudándola a comprender. Si se obstina en contrariar tu consejo, serás enérgico y le señalarás la gravedad de su conducta. Si pese a ello se empeña aún en no darle importancia, entonces no demores tú en comprender que esa mujer no es digna de tu cariño ni de tu respeto. Muéstrate por esa causa hondamente afectado; repróchale inexorablemente su falta de afecto, de tacto y su irrespetuosidad, y hazle sentir el rigor de tu indiferencia. Si al cabo de ello no cumpliera con los deberes que le impone su calidad de esposa, no te quedaría otro remedio que separarte legalmente en resguardo de tu nombre y de tu tranquilidad.

No cedas nunca a los caprichos de la que sea tu mujer ni seas tampoco tirano con ella. La cuidarás mucho, descansando en la seguridad de que su honestidad y su fidelidad la harán en todo momento digna de compartir contigo el hogar que le hubieses brindado.

Que el acierto en la elección de la compañera de

tu vida te permita contar en tu hogar con la presencia de una mujer comprensiva, cuyo corazón sepa intuir tus agitaciones morales cuando las tengas e inducir la a cumplir su misión de esposa y de madre observando hacia ti un trato afable y mostrándote aprecio en sus manifestaciones. Que sea ella capaz de rectificar su conducta en caso necesario, cuidadosa siempre de su dignidad, que es donde la mujer apoya su autoridad en el hogar; capaz también de descubrir en todas las cosas que le demandan esfuerzo, una invitación a penetrar más profundamente en la vida, en esa vida universal cuyos secretos mi enseñanza descubre, para que los seres, fijos los ojos en el infinito y la frente en alto, comprendan cuán pequeños se tornan sus problemas cuando se respira la felicidad que esparce por doquier.

Esa mujer sabrá restablecer el afecto y la armonía en el hogar si por un instante faltasen, y será la primera en brindarse a la conciliación; de lo contrario, con el tiempo, nada impedirá que ese hogar se derrumbe.

Te buscará ella con el corazón y no con las violencias del carácter y, para atraerte, respetará tu palabra y enseñará a sus hijos a comprenderte y considerarte en tus luchas y en tus momentos amargos.

Si la elegida de tu corazón fuese así, comprensiva de tus sentimientos y sensible a tu preocupación por darle un hogar honorable, en el que nada falte, enton-

ces mírala como a la verdadera compañera de tu vida, y ve en ella a la mujer que nunca dejará de ser fiel a sus deberes de esposa, de madre y de señora de su hogar.

A esa mujer la harás partícipe de tus preocupaciones y le permitirás que te ayude en cuantas cosas pueda hacerlo. Ello promoverá una mayor unión y hará que mutuamente se comprendan más en los desvelos y aspiraciones.

Comúnmente, hombre y mujer sólo buscan la coincidencia en el afecto por el sentimiento, rara vez por la mente, pero si se encaminan por la misma senda y se nutren en los mismos conocimientos trascendentes, se promoverá entre ambos un acercamiento de otra naturaleza, el espiritual, que es por sí solo toda una garantía moral. Quiero con esto decirte que la buena ubicación en el matrimonio estará determinada por ese acercamiento espiritual al que tanta importancia doy, pues ambas partes se comprenderán mejor, se respetarán y sentirán verdadera unción por ese ideal que se aprestan a realizar. Es esta una directiva que lleva a encontrar por vía natural el desenvolvimiento de una nueva forma de conducirse, a través de la cual hombre y mujer se preparan para la coincidencia en el sentir y en el pensar. En esto como en todas las cosas de la vida se requiere preparación y, particularmente en este caso, esa preparación es la alfombra de flores por donde los seres marchan hacia la felicidad.

Cuando la vida te lleve un día al encuentro de la mujer que en sueños espera a su «príncipe azul» —ese príncipe azul al que deberás personificar como una conquista—, te auguro la halles despierta. Que no sea la Bella Durmiente que vive en el mundo ilusorio de la juventud, sino la Bella Despierta, aquélla que en plena juventud se esfuerza por la posesión de virtudes que la harán feliz toda la vida. Y que tú y ella podáis experimentar esa alegría sana y duradera que sienten los que se comprenden y anhelan por igual la superación de sus vidas.

Quiero aún agregarte algo sobre este particular. El amor tiene que poseer el hálito de la perpetuidad; si no es un mero engaño. Cuando irrumpa en tu corazón cuida que contenga todos los elementos que habrán de darle perennidad, y cuida también que esos elementos estén contenidos en el amor con que seas correspondido.

Uno de esos elementos es la constancia; otro, la paciencia. Sumando a ellos la tolerancia, tenemos reunidos los tres elementos básicos del amor.

El amor es el primer paso hacia la constitución de la familia; por consiguiente, luego del matrimonio debe ser sostenido firmemente por esos tres elementos mencionados, porque de ese amor irán surgiendo los hijos, quienes, para su educación y buena formación moral y espiritual, necesitarán el calor de los padres y de un hogar armónicamente constituido.

A menudo me habrás oído afirmar que la mayoría de los seres humanos no piensa. Así es, en efecto; de ahí que tantos hayan sido atrapados por esas corrientes ideológicas que actualmente recorren la tierra de extremo a extremo.

La guerra fría desencadenada en el mundo no es en realidad otra cosa que una guerra mental en la cual dominan los más audaces. Esto acontece porque no se ha educado al hombre en la alta ciencia del pensar consciente; en consecuencia, éste ignora cómo contrarrestar la propagación de las ideas disolventes que invaden el mundo.

Cuando la humanidad aprenda a pensar conscientemente, cuando haya elaborado ese gran elemento capaz de detener el avance de esas corrientes, entonces comenzará a insinuarse en el mundo la paz anhelada. En tanto esto ocurra, no limites nunca tu vida dejándote atrapar por el temor de posibles acontecimientos nefastos para la humanidad. Trabaja con mayor entusiasmo cada día, con mayor valor, y si alguna vez sucediera algo que afecte seriamente tu vida, en buena hora sea mientras te sorprenda trabajando en bien de la humanidad.

El hombre sólo debe pertenecerse a sí mismo. He aquí un principio fundamental que no debes olvidar y que será tu mejor defensa contra esos pensamientos que gobiernan las mentes de los desprevenidos, a quienes convierten rápidamente en esclavos.

No he querido que te faltara este consejo entre los muchos que te brindo, porque lo considero muy útil a tu edad, en que comienzas a internarte en este mundo convulsionado de hoy, tan lleno de peligros, desaliento y desorientación.

Refuerza en alto grado la confianza en ti mismo. Esa confianza podrás lograrla mediante los conocimientos contenidos en mi enseñanza. Ella crea seres valientes, seres íntegros, porque permite acrecentar el propio acervo, completándolo con los valores de ese rico patrimonio que sólo está al alcance de los que saben convertirse en sus dueños.

Dedica cada día un minuto más al conocimiento de tu propia vida, de tu propio ser y podrás contribuir al bienestar de la humanidad con la parte que te corresponda como depositario de los bienes eternos contenidos en mi obra. En la medida del bien que realices serás dueño en mayor proporción de esa parte; si te conduces egoístamente perderás aun aquélla de la cual dispones.

Hay un estímulo grandioso que mueve la vida humana. Ese estímulo es su fin, es su meta, es el todo; ese estímulo es el que la incita de continuo a la búsqueda del saber, del conocimiento.

El saber es la razón de ser de la existencia del hombre en la tierra; la primera y última de sus tareas. Haz que el estímulo de lograrlo aliente en ti permanentemente, porque en él está la verdadera finalidad de tu vida.

El saber esencial, el saber trascendente, o sea el logosófico, concede al hombre la más amplia libertad. Cuando presida tu mente el pensamiento que determinará con firmeza tu dedicación al cultivo de ese saber, sentirás nacer en ti fuertes defensas mentales y comenzarás a disfrutar con amplitud de la libertad que concede. Comprobarás que nada más bello ni más grande podría serte ofrecido como la incorporación de un fragmento de conocimiento a tu vida. Sabrás entonces que en ello hay una realidad infinitamente más hermosa que la más bella de todas las ilusiones.

Entonces ya nadie podrá detenerte, nadie perturbarte ni ofrecerte algo mejor, porque sabrás que ese algo no existe. Esa sola convicción basta para ahuyentar todos esos pensamientos que, alineados en ideologías extrañas, pretenden hoy perturbar y esclavizar la mente humana.

Quiero que perseveres en el cultivo de mis enseñanzas, porque ellas ampararán tu vida. Ellas te internarán en esa región inconmensurable que, partiendo del ser mismo, se extiende hasta más allá del sepulcro y une la tierra con el cielo en soberbia apoteosis de amor.

La ansiada paz sólo podrá lograrla el hombre afrontando con valentía las dificultades que ese recorrido le ofrece como medio heroico de conquistar los tesoros cubiertos durante centurias por las arenas de la Providencia. Se abrirá entonces ante su vista la aurora

más esplendorosa y radiante que jamás contemplaron sus entristecidos ojos.

Guarda perennemente en ti un pensamiento de correspondencia al bien que recibes. Él te llevará a colaborar en mi obra y a esforzarte en el logro de mayor eficiencia para difundirla. Ese pensamiento, que será el representante de la Ley que determina tal correspondencia, habrá de asistirte en todo momento, siendo para ti aliciente y estímulo permanentes.

Son muchos los seres que habiendo colaborado intensamente en mi obra deberán, con el tiempo, dejar su lugar a otros. Sé tú de los intrépidos que reciban de sus manos la antorcha logosófica y avancen resueltamente hacia la próxima posta, para ponerla en manos de los que habrán de continuar esta gran carrera humanística.

PARTE FINAL

Todas las cosas cambian, tomando aspectos o formas diferentes en razón de las circunstancias que las rodean.

Una rosa, siendo igual en belleza a las demás rosas, al sernos ofrecida en obsequio se transforma, tornándose más bella. Ha cobrado otro valor; de sus pétalos se desprende otro perfume.

¿En virtud de qué se ha operado ese cambio?... Ha obrado el afecto; ella es ahora su expresión. Es la gentil portadora de un pensamiento tierno que se unió al nuestro. Los ojos sólo ven en ella una imagen. Ya no es una rosa; es un símbolo, un recuerdo.

Forja en tu mente la imagen de una rosa. Suponiendo que yo te la ofrezco al poner en tus manos este libro, guárdala en tu recuerdo y consévala permanentemente fresca.

Cuando logres conocer la magia del sentimiento habrás logrado también abarcar la dimensión del afecto que he puesto en sus páginas. Para entonces mi imagen se habrá delineado claramente sobre ellas y tu corazón aproximado al mío con ferviente anhelo de adentrarse en mi pensamiento.

EDICIONES LOGOSÓFICAS

UNA NUEVA FUENTE DE SABER AL SERVICIO DE LA HUMANIDAD

Aprender Logosofía es conocer una técnica nueva para encarar la vida con auspiciosos resultados. Hacia esa finalidad conduce el pensamiento expuesto en las *ediciones logosóficas*, al alcance de cuantos quieran experimentar su eficacia.

Ellas responden a un plan de reeducación del espíritu concebido por la sabiduría logosófica para que el ser humano penetre triunfalmente en los arcanos de su existencia y descubra la verdad de cuanto le interesa conocer sobre sí mismo y el mundo metafísico.

Los libros logosóficos no deben leerse de corrido, sin dar lugar a la reflexión, porque se pierde de ellos lo substancial de sus contenidos. Valiéndose de diferentes géneros literarios, explican y esclarecen las enseñanzas que constituyen parte del cuerpo principal de la Logosofía, a fin de que el lector que siga con interés el desarrollo de los mismos compruebe cómo los conocimientos logosóficos se complementan entre sí y abren, una tras otra, las puertas que dan acceso a las fuentes mismas del Saber.



www.editoriallogosofica.com.ar

ALGUNAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

CURSO DE INICIACIÓN LOGOSÓFICA

Guía práctica que alumbra las primeras etapas del proceso de evolución consciente presentado por la Logosofía, dando acceso al conocimiento de sí mismo, del mundo trascendente, de las leyes universales, de la Creación y de Dios.

INTRODUCCIÓN AL CONOCIMIENTO LOGOSÓFICO

Comprende setenta y dos conferencias pronunciadas por el autor en distintas sedes de la Fundación Logosófica, en las que aborda puntos capitales de la concepción logosófica. Encierra en sus páginas preciosas joyas conceptuales factibles de ser llevadas a la propia vida con sorprendente resultado.

EL SEÑOR DE SÁNDARA

Novela psicodinámica que identifica las causas que han impedido al ser humano desarrollar y usar con plenitud su inteligencia, su voluntad y sus energías.

El lector podrá apreciar la exacta diferencia entre dos mundos, que también son dos culturas y dos formas de vivir.

LA HERENCIA DE SÍ MISMO

Los conocimientos publicados en este libro contienen una estimulante y constructiva orientación, abordando un conocimiento de vital importancia para la vida, ampliando el conocimiento de la herencia y abarcando también el campo psicológico y espiritual de la misma.

SEDES CULTURALES DE LA FUNDACIÓN LOGOSÓFICA EN EL MUNDO

ARGENTINA

Ciudad de Buenos Aires
Av. Coronel Díaz 1774 - Palermo
Tel.: (+54) (011) 4824-4383 / 4822-1238

Av. Cabildo 3846 - Belgrano
Tel.: (+54) (011) 4701-7540

Buenos Aires
Alvear 630 - Piso 2º 10 - Quilmes
Tel.: (+54) (011) 4224-5678

Matheu 3360 - Mar del Plata
Tel.: (+54) (0223) 15-497-4262

Córdoba
Sucre 373 - Ciudad de Córdoba
Telefax: (+54) (0351) 421-6597

Entre Ríos
9 de Julio 23 - Paraná
Telefax: (+54) (0343) 431-2303

Santa Fe
Santiago 710 - Rosario
Telefax: (+54) (0341) 425-8610

Mendoza
Cnel. Olascoaga 730 - Ciudad de Mendoza
Tel: (+54) (0261) 429-2520

Jujuy
Balcarce 340 - Piso 1º Of.: 2 - Ciudad de Jujuy
Tel.: (+54) (0388) 422-4787

BRASIL

Distrito Federal
SHCG/NORTE - Quadra 704
Área de Escola - Brasília
Tel: (+55) (061) 3326-4205

ESPAÑA

Barcelona
Comptes del Bell-lloc, 133 - Entlo. 4º - Les Corts
Tel: (+34) 93 490 21 72

ESTADOS UNIDOS

New York
304 Park Ave. South, 11th Floor
New York, NY 10010
Tel: (+001) (212) 590-2307

Florida
2640 Hollywood Blvd., Suite 112
Miami - Hollywood, FL 33020
Tel: (+001) (954) 894-0936

MÉXICO

México
Huatusco, 35 Planta Alta - Colonia Roma Sur
Tel: (+52) (5) 5584-6836

URUGUAY

Montevideo
Av. 8 de Octubre 2662 - Gerardo Grasso
Tel.: (+598) (2) 480-0710

Nueva Helvecia
Luis Dreyer entre Colón y Guillermo Tell.
Tel.: (+598) 099 948 552 / 099 524 445 /
094 406 021

Paysandú
Bolívar 1251 Esq. Montecaseros - Paysandú
Tel: (+598) 72-33403 / 72-41849 / 72-26289

Salto
Tel: (+598) 73-33512, 073-21841

VENEZUELA

Caracas
Av. Libertad, entre Palmas y Acacias
Ed. YETESA, Of.: 1-B1 - La Florida
Tel: (+58) (212) 882-5579

Consulte por otras sedes culturales en el mundo en www.logosofia.org

